

MATT Y HARRISON QUERY

MI ESPOSA Y YO
COMPRAMOS UN RANCHO

Traducción de

Nancy Alejandra Tapia Silva

 Planeta

1

Harry

—Veamos, la primera vez que maté a alguien, en realidad maté a dos personas. Casi al mismo tiempo, o inmediatamente después, un par de segundos una de la otra.

Para ser por completo honesto, sentía mi pierna izquierda entumecerse mientras decía estas palabras. No quería cambiar de posición ni hacer cualquier cosa que sugiriera incomodidad o preocupación mientras hablaba. Supuse que por eso estaba aquí, en observación: inquietarme en un momento de franqueza, alguna reacción física que delatara emoción.

—Fue en Afganistán, en 2010, justo al principio de la operación Moshtarak, la batalla por Marjah. Mi escuadrón estaba de guardia en un terraplén que abarcaba todo el camino. El lugar era solo una pequeña cuesta cubierta prácticamente de llantas, basura y mierda, que se alzaba unos dos metros sobre el camino. Vigilábamos mientras esperábamos órdenes.

Estaba con mi amigo Mike y nos encontrábamos unos veinte metros adelante de los demás compañeros del escuadrón. El resto del pelotón estaba detrás de nosotros, en el lado opuesto del terraplén de basura, fuera de la vista. En realidad, la mayor parte de la compañía estaba cerca, pero nosotros estábamos preparándonos, esperando el momento de emprender la siguiente etapa de la ofensiva.

Maldita ciudad que olía a culo. Basura quemada, mierda de chivo y culo.

—De repente, vemos a dos tipos correr por el camino de la izquierda y dirigirse a una pequeña intersección para tomar el camino en dirección opuesta a donde estábamos nosotros. —Usé mis manos para describir la intersección, que tenía forma de T—. El hombre a la cabeza traía un AK y el otro hablaba por un radio y llevaba una... bolsa de hockey, una mochila al hombro, llena de granadas RPG usadas. Ambos se veían mayores que yo, al final de sus veinte o principios de los treinta. En un primer momento no podía creer que los estaba viendo. Había un gran tiroteo al este, en la dirección de donde huían, y, no sé por qué, creo que imaginé que cualquier talibán que nos topáramos correría hacia la basura. De hecho, le di un codazo a Mike y murmuré algo como: «¿Son unos malditos talis, hermano?». Estaba tan sorprendido como yo. Me explico, por instinto supimos que eran de los malos tan pronto como los vimos, pero simplemente no podíamos creerlo. Llevábamos en el país casi un año antes de que arrancara lo de Marjah y nunca habíamos visto a milicianos armados correr por el camino, al aire libre y a menos de doscientos metros de nosotros. Era algo insólito en aquel

lugar. Hasta ese momento, todos nuestros encuentros con esos cabrones se habían dado cuando le disparaban a nuestra patrulla o algo así, con una buena distancia de por medio. Carajo, esto era... entablar un contacto directo y real, ¿entiende? Un error fatal.

Sonreí de manera forzada y bajé la cabeza mientras terminaba de hablar.

—Cuando llegaron al camino de enfrente, que observábamos desde la lejanía del terraplén de basura, ubicado a su izquierda, se agacharon y acuclillaron detrás de un sedán viejo y destartalado, a unos cien metros quizá. El camino por donde venían, en dirección opuesta al gran tiroteo del que supuse que huían corriendo, los ocultó por un tramo, pero luego los dejó completamente expuestos ante nosotros. Es decir, estaba viendo a ambos de pies a cabeza y casi no tenía que mover un solo músculo para tenerlos en la mira. Mike y yo estábamos tan sorprendidos que nos quedamos ahí sentados como idiotas, mirándolos por los binoculares, mudos, durante unos tres segundos. Después, no sé qué me hizo actuar, creo que el que estaba más cerca me miró, o miró en la dirección adonde yo estaba, y entonces... les disparé a los dos. Primero al que sujetaba el rifle y enseguida al tipo detrás de él, el del radio y la bolsa grande con municiones RPG. Cada uno de mis tiros dio en el blanco, estaban... en el lugar equivocado. En realidad, cien metros no es tanto, pero estaban en mi ángulo de visión, así que fue terriblemente sencillo. —Hice una pausa intencional y lo miré a los ojos. Me dije: «recuerda hablar con sinceridad»—. Ambos murieron en ese momento y en ese lugar.

Recordé cómo le disparé al primer hombre, exactamente debajo de la nuca, y la forma en que solo cayó de bruces. No movió un músculo para evitar caer ni nada, tampoco soltó su rifle, solo cayó y su cara se estampó en el suelo. Tal vez se habría quedado inconsciente de no haber estado ya muerto. Supuse que le había disparado en la columna vertebral. El segundo tipo miró a su compañero después de que yo lo derribara, muy sorprendido, como si se preguntara: «¿Qué demonios estás haciendo, amigo?», y en ese momento le disparé en el pecho. En cuanto la bala lo alcanzó, soltó el radio y puso las manos detrás de sí, por reflejo, apoyándolas en el piso para evitar caer de espaldas. Parecía que estaba sentado sobre una toalla de playa. Se veía muy confundido antes de que le disparara otra vez. Mi mente recordó a otra persona que maté dos semanas después: un hombre mayor, el guerrero canoso. Recordaba su cara a menudo, más que cualquier otra. Era un rostro que reflejaba ira con indiferencia, pero con un aire de gravedad. Miré al doctor Peters, quien asentía de una forma casi imperceptible y me miraba a los ojos.

—Harry, ¿cómo te sientes al compartir este recuerdo conmigo?

—Bueno... —Miré al piso por un segundo, tratando de poner mi mejor cara de sincera introspección, y después giré para verlo—. Realmente, no creo que contarle la historia a alguien me haga sentir nada digno de ser mencionado. Creo que lo primero que me viene a la mente es mi amigo Mike, que estaba conmigo. No he hablado con él en un par de años... Espero que le esté yendo bien.

Peters asintió de nuevo.

—¿Alguna vez ha identificado ese recuerdo, esa experiencia, como algo que invada sus pensamientos o sueños? ¿Vuelve a usted de alguna manera o en algún momento que le sorprenda o le moleste?

Me aseguré de tomarme otro par de segundos de introspección fingida antes de responder.

—No, en realidad no.

Peters asentía, esperando que yo dijera más. Muchos loqueiros presionan con la pregunta: «¿Me puedes hablar más de eso?», pero él se quedaba en suspenso, haciéndome sentir que mi respuesta estaba incompleta. Supongo que eso también funcionó, porque continué.

—Ese recuerdo no regresa de una manera que... me sorprenda o que me moleste. Es como cualquier otro. No siento culpa al respecto, si a eso se refiere. Esos hombres me habrían disparado de haber estado en mi lugar. En verdad no tengo inconveniente en compartir esta historia o en hablar sobre las personas que he matado. Si la gente me pregunta sobre ese tipo de experiencias, las comparto con gusto, es solo que yo no, ya sabe..., no toco ese tema de mierda por iniciativa propia, sin que me pregunten.

Peters asintió. Su expresión sugería que había contestado de la manera correcta. O, al menos, que no insistiría.

—Bueno, Harry, hace rato que se nos acabó el tiempo.

No me diga, doc. Supe perfectamente que se nos había acabado el tiempo durante los 22 minutos y medio que continuamos hablando. De todas formas, miré mi reloj y fingí sorprenderme.

—Ay, carajo, creo que ya debería irme.

Peters se puso de pie y se dirigió hacia su escritorio. Tomó un sobre manila y lo extendió hacia mí.

—Harry, reuní algo de información sobre los servicios para veteranos en Idaho. Tenemos clínicas y hospitales en Pocatello, Twin Falls y por supuesto en Boise. Sé que este ir y venir de los veteranos puede ser frustrante, pero en verdad espero que siga comprometido con este proceso terapéutico y que ponga manos a la obra para encontrar a alguien allá con quien pueda desarrollar una sana relación de confianza. Eso es muy importante. Aunque apenas empezamos a vernos hace un mes, quiero asegurarme de que sepa que siempre estaré disponible para platicar, ya sea por teléfono o por videoconferencia. Siempre encontraré la manera de hacerme el tiempo. Nunca dude en contactarme.

Me levanté y tomé el sobre de sus manos.

—Lo haré, doctor Peters. En verdad aprecio su tiempo. Es fácil hablar con alguien como usted.

Me lanzó una sonrisa apretada mientras estrechábamos las manos.

—Creo que es muy bueno lo que usted y su esposa están haciendo, Harry. Estoy muy contento de que tanto usted como Sasha hayan encontrado la forma de perseguir la vida de sus sueños. Me dan envidia, y lo digo en serio. No todos tienen la oportunidad de seguir su pasión. Sé que este es su proyecto, y al perseguirlo no les deseo más que felicidad y éxito. No tengo dudas de que a ambos les irá bien este estilo de vida.

Le sonreí.

—Denver está cada vez más saturada, y si resulta que la

vida en la montaña no es para nosotros, bueno, siempre podemos regresar.

—Cuídese, Harry.

No dejó de sonreírme mientras abría la puerta, pero en su rostro también se apreciaba cierta preocupación, alguna duda quizá. Me pregunté si sería intencional.

2

Sasha

Sin importar cuántas veces conduzca por el tramo de la carretera I-80, al sur de Wyoming, nunca me aburro. Antílopes, artemisas, una refinería a la distancia, formaciones rocosas erosionadas por el clima, un espectáculo con una cita del Apocalipsis, más artemisas, más antílopes... Es una región monótona y hostil, pero hermosa. En los últimos diez años, Harry y yo hemos hecho al menos una docena de viajes de mochilazo por Oregon, Idaho y la cordillera Wind River, y visitamos a nuestros amigos en Jackson durante las últimas temporadas de esquí, así que siento que he conducido por este camino cientos de veces. Estoy segura de que incluso puedo esbozar mentalmente las decoraciones de cada gasolinera de Laramie, Sinclair, Rock Springs y Evanston.

El tono de llamada interrumpió la voz del narrador de mi audiolibro y la cara de Harry apareció en la pantalla de mi teléfono.

—Oye, cariño, ¿qué te parece si cargamos gasolina en Green River? Está como a una hora.

—De acuerdo, amor, maneja con cuidado.

Yo conducía nuestra 4Runner y seguía a Harry, quien manejaba un camión de mudanza U-Haul ridículamente grande en donde, en los días pasados, empacamos nuestra vida entera.

—¿Cómo va Dash?

Miré al asiento trasero, donde nuestro *golden retriever*, Dash, estaba acurrucado.

—Con ganas de ya estirar las patas, pero todo bien aquí atrás.

—Perfecto, amor, maneja con cuidado.

Desde el momento en que cruzamos de Colorado a Wyoming por la 287, empecé a asimilar que por fin lo estábamos haciendo realidad. Harry y yo lo hablamos desde que nos conocimos en la universidad, hace más de una década. En una de nuestras primeras citas, le pregunté sobre sus «sueños e ilusiones», o quizá sobre alguna tontería más cursi, como «¿En dónde te ves en veinte años?». No recuerdo con exactitud la manera en que empezó a contestar mi pregunta, pero siempre tendré presente una parte de su respuesta porque me fascinó de inmediato. Incluso pudo ser la razón por la que me enamoré de él. Dijo:

—Quiero encontrar un terreno en las montañas, un lugar donde me pueda sentar en el porche, ver el horizonte y comprobar que las únicas cosas hechas por la mano del hombre son mi casa, el granero y el taller.

Lo dijo con mucha sinceridad y un anhelo esperanzador en la mirada. En ese momento me preguntaba si Harry era

otro tipo más que fingía distintas personalidades y decía disparates para lograr que me acostara con él. Tal vez sí lo hacía, pero, como sea, le funcionó. Por supuesto que desde aquella cita mantuvo la convicción de alcanzar su sueño, e hizo que también me enamorara de aquella posibilidad.

No necesité que insistiera mucho, es verdad. En realidad, tengo más experiencia y estoy más familiarizada que Harry con la idea de la vida rural en los alrededores de las montañas Rocallosas. Crecer en un hogar con estufa de leña, en un pequeño pueblo serrano en el suroeste de Colorado, con dos padres que toda la vida fueron adictos al esquí, me preparó para ello. Tal vez eso también explica por qué de inmediato me sentí atraída por el sueño de Harry y por qué, desde esa primera cita, lo he asociado con un profundo sentimiento de calor de hogar.

Desde hace un año empecé a recordarle lo que me dijo solo para molestarlo, cuando empezamos el proceso de buscar seriamente un terreno en algún lugar de las montañas. Primero contactamos a agentes de bienes raíces en Bozeman, Missoula, Helena, Bend y Coeur d'Alene, y tras esa experiencia y la correspondencia continua por correo electrónico con ellos todo comenzó a convertirse en algo real y emocionante. Entonces, cuando les presenté a mi jefe de operaciones y a mi director ejecutivo la propuesta de un puesto de trabajo remoto, y cuando en verdad empecé a trabajar con ellos para crearlo, se convirtió en algo muy real.

Desde luego que ha habido momentos en que me he sentido nerviosa y angustiada por dar este paso. Voy a extrañar a mis amigos con locura: las «horas felices» improvisadas, los

conciertos y estar a un día de distancia de mis padres y de mi pueblo natal. Dicho esto, me he enfocado en el cada vez más fuerte presentimiento de que necesitamos darle una oportunidad a este estilo de vida y comprometernos con él ahora; de lo contrario, jamás lo haremos.

Muchas veces me he preguntado si estoy haciendo esto por hacer a Harry feliz, pero una y otra vez me he quedado sorprendida al descubrir que es algo que en realidad quiero para mí.

Harry tiene 35 años, y yo 30. Y mientras nuestros amigos de la universidad estaban ocupados en tener hijos y cada vez más enfocados en sus trabajos, nosotros nos sentíamos en la disyuntiva entre comprar una pequeña casa ridículamente cara en Boulder o Denver, y trabajar aún más, o darle una oportunidad a un nuevo estilo de vida. Este dilema me hizo advertir lo mucho que quería probar al menos una vida como ranchera y cuánto tenía arraigada la idea de formar un hogar con Harry en un lugar tranquilo, bello y natural.

Hubo un momento definitorio cuando empezamos a tomar este sueño en serio. Hace poco más de un año, estábamos en la I-70, de camino a esquiar, y el tránsito estaba tan pesado que nos tomó seis malditas horas pasar Vail Pass. Harry y yo hemos estado en embotellamientos de la I-70 innumerables veces, pero nunca olvidaré la expresión de su rostro durante las cuatro horas de ese trayecto en especial. Desde mi asiento de copiloto, recuerdo con mucha claridad haberlo visto mirar el embotellamiento a su alrededor con un gesto de resignación y angustia. Al final volteó y dijo: «Amor, necesitamos mandar este estado a la mierda».

Pronto nos dimos cuenta de que en Bozeman y Bend no encontraríamos nada. Los terrenos eran demasiado costosos; queríamos encontrar algo en el «verdadero Oeste», y Harry —y hasta cierto punto yo también— sentía que Colorado ya no formaba parte de esa categoría. Habíamos vivido en Denver durante los últimos siete años y parecía que estábamos en Los Ángeles o en Phoenix; era una ciudad que crecía a pasos agigantados, devorando la llanura día con día.

Nuestra agente inmobiliaria en Coeur d'Alene nos presentó a una colega suya que trabajaba en Jackson y gestionaba propiedades en toda la cordillera Teton. Con sus precios por los cielos, Jackson estaba fuera de nuestro presupuesto, pero esta agente, Nataly, nos envió información sobre unos terrenos increíbles del lado de Idaho, que al menos a mí me parecieron más grandes, bonitos y baratos. Unos años antes, Harry llevó a nuestro perro a Driggs, Idaho, en un viaje de pesca y caza de urogallos que hizo con un amigo de la universidad, y de inmediato se quedó maravillado con aquella parte del país.

Me recuerdo sentada en un sillón mientras él me mostraba un mapa satelital del área, así como las fotografías que tomó durante su paso por aquel lugar.

—Es una región increíble. No puedo creer que no la haya considerado desde el principio. Hay muchos ríos repletos de truchas, bosques de álamos, áreas públicas por todos lados. En auto está a hora y media de Jackson, a más o menos cuatro horas de Boise y como a tres horas y media de Salt Lake City. Créeme, amor, es simplemente increíble.

En septiembre fuimos a Jackson a la boda de un amigo

y después pasamos unos días en Idaho para reunirnos con Nataly, en busca de lugares en los condados de Teton y Fremont. Harry estaba en lo correcto —era increíble— y durante el viaje también me emocioné con esta parte de la cordillera Teton. No vimos nada que nos gustara y estuviera dentro de nuestro presupuesto, pero quedé asombrada por la belleza de la zona y en ese momento supe que Harry tenía razón. Ese era el lugar adonde teníamos que mudarnos.

Unos meses después, nuestra agente inmobiliaria nos contactó para hablarnos sobre un pequeño rancho en un tranquilo valle en las afueras de Ashton y Judkins. Nataly también estaba muy entusiasmada por esta propiedad y dijo que era una ganga.

Se trataba de una casa de poco más de noventa metros cuadrados, en un terreno cercado de unas 22 hectáreas. El techo era nuevo, el calentador de agua también, tenía un garaje o taller independiente, un par de cobertizos y un porche que abarcaba todo el frente de la casa y uno de los costados, de manera que llegaba hasta el patio exterior de la cocina. Tenía un área cercada de media hectárea que rodeaba la casa y un jardín hermoso. Además, colindaba al norte y al este con un parque nacional varias veces más grande que Rhode Island.

Nataly nos explicó que una firma de inversión en bienes raíces especializada en este tipo de terrenos compró la propiedad diez años antes, para que formara parte de una suerte de acuerdo de intercambio y aprovechamiento con la Guardia Forestal. El convenio se vino abajo, o continuó sin que se usara la propiedad, así que la inmobiliaria arregló la casa y el terreno para obtener financiamiento y ahora trataba de

sacarla de su cartera. Ella dijo que «definitivamente» se vendería en menos de un día.

Harry se pasó toda esa noche mirando mapas, devorando cada documento relacionado con la propiedad que pudo encontrar en el sitio web del condado, leyendo sobre la zona de caza y sus temporadas, investigando sobre los derechos de agua, y hasta consiguió los mapas de clasificación de suelo. En pocas palabras, lo estudió todo. A la mañana siguiente, me dio todo un discurso sobre por qué debíamos hacer una oferta en ese mismo momento. Debo darle crédito en algo: fue un buen discurso.

Como Harry reunía los requisitos del plan hipotecario para veteranos, y ya estábamos convencidos de que nos encantaba el lugar y de que era una inversión segura, estábamos prácticamente listos, aunque de hecho nunca visitamos la propiedad. Además, salía más barato que lo que nuestros amigos estaban pagando en Boulder, Denver, Portland o San Francisco. Así que dijimos: «Al diablo, hay que hacerlo», y llamamos a Nataly para hacer una oferta. Al otro día recibimos un correo en el que nos decía que habían aceptado sin réplica nuestra propuesta. Así que, de manera oficial, teníamos un trato. La semana siguiente recibimos los papeles de titularidad e inspección, y, dado que todo estaba en orden, el viernes firmamos el contrato.

Respecto al hecho de mantener una propiedad de 22 hectáreas..., bueno, podría decirse que en teoría éramos buenos candidatos, pero en realidad éramos mucho ruido y pocas nueces. Es decir, ambos teníamos un buen historial crediticio y Harry cumplía con los requerimientos para obtener un es-

tupendo financiamiento por ser veterano, pero nuestros ahorros eran bastante modestos.

Además, como mi esposo era beneficiario del programa de compensación especial por combate, Harry no tuvo muchas restricciones laborales y cada mes recibíamos un cheque libre de impuestos que cubría una parte importante de la hipoteca. Como le gusta decir a Harry muy seguido estos días: «La hipoteca y la beca universitaria GI Bill son lo único bueno que obtuve de los seis años que estuve en la infantería». Sé que no incluye el cheque mensual en esa lista porque lo hace sentirse culpable y débil.

He hecho lo que he podido para convencerlo de que no lo tome así, porque no debería hacerlo, maldita sea. El número de veces que hemos discutido sobre esto y lo he escuchado decir lo mismo —«Sasha, el gobierno me pagó la carrera, ya estoy recuperado de mis heridas, puedo trabajar tiempo completo y no necesitamos esa jodida limosna»— es directamente proporcional a la cantidad de ocasiones en que le he contestado: «Menos mal que no lo necesitamos».

Mentiría si dijera que no es maravilloso recibir un mensaje de texto cada mes con la notificación de que el Tío Sam depositó en nuestra cuenta. ¿Por qué no sería algo bueno? Harry merece cada centavo y más.

Empecé a salir con él poco después de que reaprendiera cómo funcionar físicamente, luego de haber quedado hecho trizas. Me enamoré de él mientras aprendía a reintegrarse a la sociedad. Miraba sus ojos cuando luchaba con todas sus fuerzas para estar tranquilo y alegre cuando estaba conmigo en un bar abarrotado o en un concierto. Veo sus cicatrices

cada noche cuando nos acostamos y lo miro doblarse de dolor y cojear cada mañana al levantarse. Le acaricio la espalda para despertarlo de sus pesadillas. En plena noche, veo la angustia en sus ojos cuando observa el fuego, y cada que tiene un mal día oigo su voz distante y triste.

Aún hay cosas que Harry no comparte conmigo. Cosas que pasaron en el extranjero. Cosas que hizo y vio. Parece creer que me está protegiendo, pero este silencio entre los dos hace las cosas mucho más difíciles. Hay un capítulo secreto en su vida que está lleno de sucesos determinantes en los que intervino y forman parte de él. Podría pasarme todo el día enumerando las razones por las que el servicio para veteranos tiene fallas irremediables, pero al menos siempre me consolaba que tenía a alguien con quien hablar. Si no era yo, siempre había alguien más. Siento angustia al pensar que por un tiempo no asistirá a sus sesiones habituales de terapia. Necesita platicar con alguien y, aunque nunca lo he presionado mucho al respecto, me gustaría que esa persona fuera yo. Al mismo tiempo, reconozco que quizá no sea la más indicada para este tipo de proceso terapéutico. No tengo las credenciales institucionales ni es algo que en realidad quiera desarrollar.

Que me perdonen, pero que se vaya al diablo la infantería ligera del Cuerpo de Marines de Estados Unidos. Pude haber caminado hacia el altar de la mano de un marine vestido con traje militar, pero no siento ninguna estima por una institución destructiva, maniática y abusiva. Tres mil doscientos dólares al mes no son suficientes para compensar a mi marido por las porquerías que tuvo que hacer y los sacrificios que le exigieron. ¿Y todo para qué? ¿Por nuestra libertad? Todavía

no he escuchado un solo argumento sólido y razonable que relacione mi libertad con mi esposo volando por los aires al otro lado del mundo durante diez años, y por una guerra perdida en contra de una maldita idea. Después de ver cómo los talibanes tomaron el control total de Afganistán, a los pocos minutos de la retirada de Estados Unidos el verano pasado, parece que esa justificación es insostenible, si alguna vez tuvo alguna legitimidad.

Entonces sí, cobraremos ese estúpido cheque.

Vi que la direccional del camión de mudanza se encendió cuando llegamos a la segunda salida para Green River, Wyoming, así que seguí a Harry hacia la gasolinera y me detuve atrás de él.

En el asiento trasero, Dash se despertó y se sentó, espabilándose, y se asomó por la ventana cuando Harry salió del camión y se dirigió hacia nosotros.

Me bajé del auto, estiré las piernas y de inmediato sentí la brisa de aire frío y seco de la pradera de Wyoming en marzo. Harry me sonreía mientras caminaba.

—¿Cómo vas, amor?

—Bien, ¿cuánto nos falta? ¿Unas cinco horas más o menos? Harry asintió mientras introducía el dispensador de gasolina en la 4Runner.

—Sí, más o menos. Voy a llevar a Dash a que haga sus necesidades. —Vi a Harry abrir la puerta trasera de la camioneta y ponerle al perro la correa—. Vamos a hacer pipí, amigo.

—Cuidado con el abrojo y los vidrios, Har. Parece que los estacionamientos de las gasolineras del Wyoming rural están hechos para destrozar las patas de los perros.

Me devolvió la sonrisa. Dash corría a su lado, su cola enroscada de un rojo oscuro se mecía en el viento, y miraba a Harry como si fuera un dios.